

PROTEGIENDO
UNIFICANDO
Y REAVIVANDO
SU PIEL...



la
base
équilibrante

Asegura un maquillaje
tenaz y perfecto

LANCASTER

Arrête la marche du temps

**mounier,
el combativo**

POR su riquísima tradición cultural, por su Historia y por su condición de corazón de Europa, Francia ha vivido las convulsiones del siglo con particular intensidad, especialmente a nivel intelectual. Muy profundas las contradicciones, pero operante en las esferas del pensamiento el espíritu crítico con tanta eficacia como en el pasado, las luchas sociales, políticas e ideológicas no llegaron nunca a traducirse en procesos de fanatización. La intervención de una "intelligencia" muy lúcida y activa constituyó un factor decisivo al respecto. Las agitaciones del tiempo envolvieron a los intelectuales y aunque, según la palabra de Benda, "la trahison des cleres", de los depositarios y transmisores de la cultura, constituyó una tentación irresistible para muchos de ellos, los más conscientes y responsables no eludieron, sin embargo, la llamada de la Historia. El "compromiso" entró en la escena francesa mucho antes de que J. P. Sartre lo formulara y definiera formalmente. Zola y el proceso Dreyfus, Gide y el Congo, Malraux y los conflictos asiáticos... He aquí el punto de partida del "engagement", actitud que alcanzaría en los años cuarenta su definición teórica. Pero no todas las acciones se centraron en problemas concretos. Otras se situaron a un nivel más general, para elaborar doctrinalmente esta nueva relación entre el intelectual y su tiempo, sin por ello perder el directo contacto con la realidad más inmediata. Como ejemplo ilustra cabe destacar el de Emmanuel Mounier, el creador del "personalismo", un movimiento católico que constituyó el primer ensayo de "diálogo", en la aceptación que recibe la palabra desde el Papado de Juan XXIII.

Su nombre vuelve a sonar con fuerza entre nosotros al amparo del clima nacido del Concilio Vaticano II.

Editorial Fontanella, de Barcelona, acaba de publicar un breve, pero penetrante estudio sobre Emmanuel Mounier, su biografía y el significado de su obra ("Emmanuel Mounier", de Lucien Guissard, Colección "Testigos del siglo XX").

MOUNIER lucha en el campo de batalla en que se ha convertido la primera mitad del siglo por obra y gracia de "los dramas políticos, las controversias sociales y culturales". Este hijo de campesinos, con la mirada vuelta desde su posición intelectual hacia el mundo de su infancia, estaba predestinado para desempeñar el papel de catalizador en el proceso de unificación de algunas de las corrientes en que se había desintegrado, años antes, la "Action Française". "Aparezca usted, y la gente se agrupará a su alrededor", le había escrito en 1928 Jean Guittou. La agonía de los años veinte parece coincidir con la del sistema imperante. Para el cristiano de Grenoble "se hicieron imperiosas las solicitudes del mundo". Aquel intelectual, formado en la lectura de Charles Peguy, se transformaría pronto en un hombre de acción, asumiendo hasta el final las contradicciones que este hecho entrañaba en una coyuntura histórica crítica. El "clero" descenderá a la calle para abordar sin reservas la realidad social de la época.

EN 1930 piensa en la creación de una revista. Se sugiere un título, "Univers", que no prosperará. Finalmente, el propio Mounier propondrá el de "Esprit". La publicación contará con el respaldo de Maritain. Entre sus propósitos figurará el de "aportar el orden cristiano de los poderes del dinero y del desorden establecido". Con la revista —que aparece en 1932— nace un movimiento de significativo nombre: la "Tercera Fuerza".

La salida de "Esprit" provoca un revuelo inenarrable, rupturas violentas, adhesiones entusiastas, imprecaciones, denuestos, aplausos. Mauriac llama a los componentes del equipo "jóvenes burgueses revolucionarios", Maritain los objeta, Chevallier se desentiende de su labor. Las dificultades económicas ensombrecen el panorama; los acontecimientos políticos agravan la situación. Mounier y sus seguidores lucharán abiertamente en un frente: contra el totalitarismo, contra el fascismo en ascenso. A la vez, establecerán sus diferencias con el marxismo, marcarán las tensiones que los separan de esta doctrina, y crearán el "personalismo". El nuevo movimiento establecerá claramente su impugnación del "anticapitalismo bucólico, de Georges Duhamel" batado en la condenación de la técnica "en hombre de la bienaventurada sociedad patriarcal", pero también se alzará contra el "racionalismo cientifista, el prejuicio industrialista, la centralización insensa" defendidos por la izquierda, y combatirá a la vez denodadamente contra el capitalismo. El "socialismo con el cual soñaba (Mounier) no se confundía en realidad con ningún sistema existente", escribe Lucien Guissard.

EN la hora de diálogo, nada hay tan vivo, tan actual, como el pensamiento y el ejemplo de Emmanuel Mounier. Se coincide o no con su sistema de referencias —en este sentido es obvia toda aclaración sobre mi postura a los lectores habituales de esta columna— se siente la necesidad de destacar y admirar el ardor combativo de este filósofo —y hombre de acción— malogrado, su fidelidad al tiempo en que vivió, su insobornable lucha por la justicia, su vocación "de traer la luz a los debates temporales", su voluntad de renovación. Podemos discutir su filosofía, pero no sus virtudes humanas ni su actitud intelectual.

EDUARDO G. RICO